

za le arrojaron encima una espuerta de porquería; despues echándose sobre sus lictores les rompieron las fascas; y por fin habiéndose tirado algunos dardos, con los que muchos fueron heridos, todos los demas huyeron de la plaza corriendo, y solo Caton, que se quedó el último, se retiraba paso entre paso volviéndose á mirar á los ciudadanos y abominando de ellos; con lo que no solo hicieron sancionar el repartimiento, sino que se determinó que habia de jurar el Senado que por su parte daria fuerza á la ley y prestaria auxilio si alguno viniese contra ella, imponiendo graves penas á los que no jurasen. Juraron pues todos por necesidad, teniendo presente lo que le habia sucedido á Metelo el mayor, que por no haber querido jurar una ley como aquella, tuvo que salir desterrado de la Italia, sin que el pueblo volviera por él. Por esta razon á Caton las mugeres de su casa le rogaron encarecidamente y con muchas lágrimas que la jurase y cediese, y lo mismo le pidieron sus amigos y allegados; pero el que mas le persuadió y movió á que jurase fue Ciceron el orador, exhortándole y haciéndole ver que quizá ni siquiera es justo el pensar que uno solo deba oponerse á lo establecido por la sociedad entera; y que por decontado es necedad y locura querer perderse cuando es imposible remediar nada en lo hecho; y el último de los males, el que haciéndolo y sufriendolo todo por la república, la abandonase y entregase á los que querian perderla, pareciendo que se retiraba contento de los combates que por ella sostenia; pues si Caton, le dijo, no necesita de Roma, Roma necesita de Caton, y necesitan todos sus amigos, de los cuales decia Ciceron ser el primero, y contra quien se dirigia Clodio su enemigo, queriendo emplear en su ruina la autoridad del tribunado. Ablandado con tan poderosas razones é instancias en casa y en la plaza, se dice haberse dejado por fin ven-

er Caton aunque con dificultad, y que pasó á prestar el juramento el último de todos, á excepcion solamente de Favonio, uno de sus mas íntimos amigos.

Alentado César con estos sucesos dió otra ley, por la que se repartió, puede decirse, toda la Campania á los pobres é indigentes, no contradiciéndola nadie sino Caton, y á este César desde la tribuna lo condujo á la carcel, sin que en nada cediese de su entereza, antes por el camino iba hablando contra la ley, y exhortando á los ciudadanos á que no condescendieran con los que hacian semejantes propuestas. Seguiale el Senado abatido y triste, y lo mejor de la ciudad disgustado é indignado, aunque en silencio, tanto que César no pudo menos de comprender la mala impresion que aquello producía; pero con todo llevaba adelante su empeño, aguardando á que por parte de Caton se interpusiese apelacion ó ruego; hasta que convencido por fin de que este no pensaba en hacer gestion alguna, cedió á la vergüenza y al descrédito que iba á resultarle, y bajo mano se valió de uno de los tribunos moviéndole á que pusiera en libertad á Caton. Despues que con aquellas leyes y aquellas larguezas pusieron á su devocion á la muchedumbre, decretaron á César el mando de uno y otro Ilirio, el de toda la Galia, y un ejército de cuatro legiones para cinco años, prediciéndoles Caton que ellos mismos colocaban al tirano en el alcázar con semejantes decretos. Trasladaron contra ley á Publio Clodio del estado de los patricios al de los plebeyos, y le nombraron tribuno de la plebe; y él, pactando por recompensa el destierro de Ciceron, les ofreció que en todo les complaciera. Eligieron Cónsules á Calpurnio Pison, padre de la muger de César, y á Aulo Gabinio, hombre sacado del seno de Pompeyo, que es como se explican los que tenian bien conocidas su vida y costumbres.

Mas á pesar de haberse apoderado de los negocios, y de haberlo todo puesto á su disposicion, parte por las gracias dispensadas, y parte por la fuerza, aun temian á Caton, pues que si habian logrado superarle habia sido con gran dificultad y trabajo, y atrayéndose odio y vergüenza; porque se veia que ni aun asi podian con él, lo que siempre era duro y repugnante; y Clodio no esperaba poder sobreponerse á Ciceron si Caton se hallaba en la ciudad. Maniobrando pues acerca de esto, lo primero que hizo despues de colocado en su magistratura fue enviar á llamar á Caton y tenerle un discurso, en el que reconociéndole por el mas recto é íntegro de todos los Romanos, le anunció que iba á darle pruebas de este concepto en que le tenia con las obras; por quanto habiendo muchos que aspiraban al mando de la provincia de Chipre, y pedian ser destinados á ella, á él solo le consideraba digno, y con gusto le dispensaria este favor. Respondiéndole Caton que aquello mas era una celada y un insulto que un favor, montó ya Clodio en cólera, y con aire desdeñoso le dijo: „pues si no lo tienes por favor, habrás de ir contra tu voluntad;” y presentándose inmediatamente ante el pueblo hizo sancionar por ley la mision de Caton. Para marchar no le aprestó nave, ni tropa, ni ministros, sino solo dos escribientes, de los cuales uno era un ladronzuelo malvado, y el otro un cliente del mismo Clodio. Mas como todavia le pareciese que habian de darle poco que hacer Chipre y Tolomeo, le encargó ademas que restituyese los deserrados de Bizancio, queriendo tener lejos de sí á Caton por el mas largo tiempo que fuese posible durante su tribunado.

Puesto en esta necesidad, exhortó á Ciceron, viendo que le habia de ser forzoso salir, á que no moviera tumulto alguno, ni envolviera de nuevo á la ciudad en las calamidades de una guerra civil; sino

que se acomodara al tiempo y fuera otra vez quien salvara la patria. Para los negocios de Chipre hizo que se adelantara uno de sus amigos llamado Canidio, y por su medio persuadió á Tolomeo á que sin batalla cediera; pues que no se le dejaria carecer ni de comodidades ni de honores, sino que el pueblo le daria el sacerdocio de la Diosa que se venera en Páfos. En tanto él se detuvo en Rodas tomando disposiciones y esperando la respuesta; pero al mismo tiempo Tolomeo, el Rey de Egipto, por cierto enfado y disputa que tuvo con los ciudadanos, se habia salido de Alejandría, y se encaminaba á Roma con el objeto de que Pompeyo y César lo restituyeran otra vez con la correspondiente fuerza; mas queriendo hablar con Caton, lo envió á llamar, esperando que vendria á él; pero hacia la casualidad que Caton se hallaba purgado, y envió á decir á Tolomeo que si queria verle fuese adonde se hallaba. Fue; y como ni le saliese á recibir, ni se levantase á su llegada, sino que le saludase como á un particular mandándole tomar asiento, esto al principio le causó sorpresa y admiracion viendo unidas con tanta popularidad y sencillez en el aparato de la casa, tanta altivez y severidad de costumbres. Mas despues en la conversacion no oyó sino palabras llenas de prudencia y de franqueza; porque increpándole y reprendiéndole Caton, le manifestó cuánta era la dicha y sosiego que habia dejado, y cuántas las humillaciones y trabajos, cuántos los obsequios y solicitudes á que se sujetaba con los poderosos de Roma, cuya codicia no bastaria á saciar el Egipto si se redujera á oro; y le aconsejó que retrocediera y volviera á la amistad con sus conciudadanos, estando él pronto á acompañarle y á contribuir á la reconciliacion. Parecióle que con este discurso habia vuelto á su acuerdo como de una especie de manía y enagenacion, reflexionando sobre la verdad y el

juicio y prudencia de tan eminente varon; y así se resolvió á obrar segun su parecer; pero habiéndose vuelto á persuasion de sus amigos, no bien habia puesto el pie en Roma, y habia llegado á llamar á la puerta de uno solo de los magistrados, cuando ya se lamentó de su desacierto en haber despreciado, no ya el consejo de un hombre, sino el oráculo de un Dios.

Tolomeo el de Chipre, por dicha particular de Caton, se quitó á sí mismo la vida con yerbas; y diciéndose ser muy cuantiosos los intereses que habia dejado, si bien determinó marchar en persona á la restitution de los Bizantinos, á Chipre envió á su sobrino Bruto, no teniendo en Canidio bastante confianza. Mas verificado que hubo la reconciliacion de los desterrados, y restablecido la concordia en Bizancio, entonces navegó para Chipre. Era grande y propiamente real la riqueza que habia quedado en bajillas, mesas, pedrería y ropas de púrpura; y habiendo de venderse para reducirse á dinero, queria estar sobre todo, hacerlo todo subir al precio mas alto, no dejar de intervenir en nada, y llevar por sí la cuenta mas exacta, sin fiar nada á las costumbres de los de la plaza, y antes mirando con sospecha á todos los dependientes, pregoneros, prepósitos de la subasta, y aun á los amigos. Finalmente, hablando en particular á los postores y animando á cada uno, de esta manera vendió la mayor parte de los efectos; con lo que disgustó á los demas amigos, visto que no hacia confianza de ellos; y en el mas íntimo de todos, que era Munacio, encendió un encono casi implacable; tanto que César para escribir un libro contra Caton fue esta parte la que le dió materia abundante para sus amargas invectivas.

Munacio sin embargo escribe que su enojo no nació de la desconfianza de Caton, sino por parte de este de cierto olvido y frialdad para con él, y por su parte de zelos y emulacion de Canidio; porque

tambien Munacio dió á luz un escrito sobre Caton, que fue el que principalmente siguió Traseas. Dice pues que él llegó el último á Chipre, donde se puso muy poco cuidado en su hospedage; que presentándose á la puerta de la habitacion de Caton, se le hizo retirar por estar Caton ocupado en hacer unos fardos con Canidio; y que habiéndose quejado de todo con moderacion habia recibido una no moderada respuesta, á saber: «Que corria peligro, no saliese «cierta aquella máxima de Teofrasto, de que el gran- «de amor suele muchas veces ser causa de odio; pues «que tú mismo, dijo, te disgustas de que amando «mucho no te se honra tanto como crees serte de- «bido; y si me valgo de Canidio es por su inteli- «gencia, y porque me inspira mas confianza que «otros, habiendo vencido conmigo desde el princi- «pio, y habiéndolo experimentado muy íntegro y «puro.» Estas cosas, que pasaron entre los dos solos, Caton las refirió á Canidio, y habiéndolo entendido Munacio, dejó de concurrir á cenar á casa de Caton, y de acudir á darle consejo cuando era llamado; y amenazándole Caton que le tomaria prendas, como es costumbre exigirlas de los que no obedecen, se embarcó para el regreso sin hacer caso, y se mantuvo enojado por largo tiempo. Despues habiéndole hablado Marcia, que todavía estaba unida con Caton, sucedió que fueron convidados á cenar por Barcas, y habiendo entrado Caton el último cuando los demas estaban sentados, preguntó donde se sentaria, y diciéndole Barcas que donde gustase, recorrió el cenador con la vista, y dijo que al lado de Munacio. Pasó adonde este estaba, y se sentó junto á él; pero fuera de esto ya ninguna otra demostracion se hicieron durante la cena. Mas adelante á ruego de Marcia le escribió Caton, diciéndole que tenia que verle; y habiendo pasado Munacio á su casa por la mañana temprano, Marcia le detuvo hasta que todas las

gentes se retiraron; y entonces entrando Caton le echó los brazos, le saludó, y le dió las mayores muestras de amistad. Hemos referido con alguna extension estas ocurrencias, por creer que no conducen menos para manifestar la índole y las costumbres, que las acciones en grande, y egecutadas en público.

Juntó Caton en dinero muy poco menos de siete mil talentos; y temiendo los peligros de una larga navegacion, dispuso muchos cajones de cavida de dos talentos y quinientas dracmas. Cerrados, clavó en cada uno una cuerda, y á la punta de esta ató un corcho de bastante magnitud, para que si el barco zozobraba, el corcho ligado desde abajo señalara el sitio. Por lo que hace al caudal, todo llegó con seguridad, á excepcion de una cantidad muy pequeña; pero las cuentas formadas con la mayor puntualidad de todo cuanto habia administrado, habiendo hecho de ellas dos copias, ninguna se salvó, pues que trayendo la una un liberto suyo llamado Filarguro, que dió la vela desde Cencris, hizo naufragio, y la perdió junto con el equipage. Trajo la otra el mismo hasta Corfú, en cuya plaza se aposentó; y habiendo los marineros por el frio encendido muchas hogueras aquella noche, se quemaron las tiendas, y el cuaderno desapareció. Lo que es para tapan la boca á los enemigos y calumniadores de Caton, pudieron bastar los de la servidumbre del Rey que vinieron á Roma: así por otro lado es por donde este suceso incomodó á Caton; pues no se habia esmerado en las cuentas para acreditar su fidelidad, sino que queria dejar á los demas un ejemplo de exactitud; y la fortuna lo castigó.

Súpose en Roma que iba á llegar con las naves, y todos los magistrados y sacerdotes, todo el Senado y una gran parte del pueblo salieron río abajo á encontrarle, de manera que una y otra orilla estaba llena de gente, y en el concurso y el regocijo no era

inferior á un triunfo aquel recibimiento. Una cosa hubo en esto, que chocó y pareció sobrado arrogante, y fue que, presentándose los Cónsules y Pretores, no saltó en tierra para saludarlos, ni hizo parar la nave, sino que pasando apresuradamente la orilla, yendo en una galera real de seis bancos, no aflojó el curso hasta haber entrado con su escuadra en el muelle. Mas como quiera, cuando se llevaron los caudales por la plaza, el pueblo se admiró de tan grande cantidad; y reunido el Senado despues de tributar á Caton las debidas alabanzas, le decretó una pretura extraordinaria, y el honor de que asistiera á los espectáculos con ropa de púrpura; pero Caton renunció estas distinciones, y solo propuso y persuadió al Senado que diera libertad á Nicias, mayordomo del Rey, haciendo presentes su fidelidad y zelo. Era Cónsul Filipo el padre de Marcia, y en cierta manera toda la dignidad y poder de esta magistratura se trasladaron á Caton, no siendo menor el respeto que el colega ² tributaba á Caton por su virtud, que el que Filipo le tenia por razon del deudo.

Vuelto en esto Ciceron del destierro á que fue enviado por Clodio, recobró desde luego gran poder; y por fuerza quitó y recogió del capitolio las tablas tribunicias que Clodio habia escrito y colocado en él, en ocasion de hallarse este ausente. Congregóse con este motivo el Senado, y acusándole Clodio, dijo Ciceron, que habiendo sido ilegítimo el nombramiento de Clodio para el tribunado, debia anularse é invalidarse todo cuanto por él se habia hecho y propuesto; mas opúsosele Caton, quien por fin, levantándose, manifestó que ciertamente no tenia por saludable y útil ninguna de las providencias dictadas por Clodio; pero que si hubiera quien anulase todo lo que hizo siendo tribuno, vendria á anularse tam-

² Este colega de Filipo era Léntulo Marcelino.

bien su administracion en Chipre, y no habria sido legítima su mision como decretada por un magistrado ilegítimo: fuera de que la eleccion de Clodio no habia sido contra ley, pues que permitiéndolo esta, habia pasado del estado de los patricios á una familia plebeya; y si fue un mal magistrado como otros, lo que habia que hacer era obligarle á dar razon de sus injusticias, y no anular la autoridad que en nada habia faltado. De resultas de esta contienda se enojó Ciceron con Caton, y estuvo por mucho tiempo interrumpida su amistad; pero al fin mas adelante se reconciliaron.

Sucedió despues de esto que Pompeyo y Craso, habiendo ido á visitar á César que habia pasado los Alpes, acordaron con este que pedirian juntos el segundo consulado; y posesionados de él, harian decretar para César la prorogacion del mando para otro tanto tiempo, y para sí mismos las mejores provincias con los fondos y tropas correspondientes. Lo que venia á ser una conjuracion para el repartimiento del imperio, y la disolucion de la república. Habia muchos de los mas distinguidos ciudadanos que pensaban presentarse á pedir el Consulado; pero á todos los demas que vieron entre los candidatos les hicieron retirarse; solo á Lucio Domicio, casado con su hermana Porcia, le persuadió Caton que no desistiese de la contienda, la cual no era por la magistratura, sino por la libertad de los Romanos; y entre la parte todavía sana y prudente de la ciudad corria la voz de que no era cosa para descuidar el que, reuniéndose el poder de Craso y de Pompeyo, se hiciera su mando enteramente insufrible, sino que debia trabajarse para escluir al uno, sobre lo que acudian á Domicio excitándole y dándole ánimo; porque se le agregarían muchos votos de los que callaban por miedo. Mas como recelasen esto mismo Pompeyo y los suyos, tenian armadas asechanzas á Do-

micio, que bajaba muy de mañana con hachas al campo Marcio: y el primero de los que alumbraban fue herido, y cayó muerto; fuéronlo tambien otros despues de este, por lo que huyeron todos á excepcion de Caton y Domicio; porque á este lo detenia Caton aunque herido en un brazo, y le exortaba á permanecer y no abandonar, mientras tuvieran aliento, aquel combate por la libertad contra los tiranos; los cuales ya no dejaban duda sobre el modo con que usarian de su autoridad, cuando se encaminaban á ella por medio de tales violencias é injusticias.

No arrostró Domicio el peligro, sino que se retiró á casa, y con esto fueron elegidos Cónsules Pompeyo y Craso; mas Caton no se dió á partido, sino que se presentó á pedir la pretura, queriendo tener un apoyo para las contiendas con aquellos, y hacer frente á unos magistrados no siendo un mero particular. Temiéronlo aquellos, y tambien el que la pretura servida por Caton competiria con el consulado; así lo primero que hicieron fue congregar el Senado repentinamente y sin noticia de muchos, é hicieron decretar que los que fueran elegidos pretores, al instante entraran en egercicio y no aguardaran al tiempo señalado por la ley, dentro del que han de intentarse las causas contra los que sobornan al pueblo. Despues, preparado ya por este decreto que quedaran libres de responsabilidad, promovieron á la pretura á sus dependientes y sus amigos, dando ellos el dinero, y presenciando por sí las votaciones. Sin embargo á todo esto se sobreponia la virtud y la gloria de Caton; de manera que muchos de vergüenza reputaban por cosa terrible hacer traicion á Caton con sus votos, siendo un hombre á quien la república deberia comprar para pretor; y como la primera tribu llamada á votar lo hubiese ya nombrado, de repente salió Pompeyo con la ficcion de que se habia oido un trueno, y disolvió vergonzosamente la

junta, porque lo tenían á mal agüero, y nada acostumbraban á establecer cuando habia estas señales del cielo. Tuvieron pues tiempo para emplear mas medios de corrupcion, y alejando del campo á los mejores ciudadanos, hicieron que á la fuerza fuese preferido Vatinio á Caton. Dícese que visto esto, los que habian dado sus votos con ilegalidad é injusticia, al punto se marcharon á manera de fugitivos; y que formando junta un tribuno con los demas que habian quedado, y que manifestaban su indignacion, se presentó Caton en ella, y como si fuera inspirado de un Dios, les predijo los males que iban á venir sobre la república, é inflamó á los ciudadanos contra Pompeyo y Craso, á quienes no podia menos de remorder la conciencia sobre tales atentados; y así era que en su modo de conducirse acreditaban cuanto temian que si Caton era nombrado pretor habia de acabar con ellos. Finalmente, al retirarse á casa le acompañó mucho mayor gentío que á todos los pretores juntos.

Como propusiese Cayo Trebonio ley sobre el repartimiento de las provincias entre los Cónsules, reducida á que, teniendo el uno la España y el Africa bajo sus órdenes, y el otro la Siria y el Egipto, hiciera la guerra, y sujetaran á los que quisiesen, disponiendo de las fuerzas de mar y tierra, los demas ciudadanos miraron como inútil el oponerse y tratar de impedirlo, y así ni aun quisieron contradecir; pero Caton, antes que el pueblo pasase á votar, subió á la tribuna, y manifestando estar determinado á hablar, con dificultad le concedieron dos horas de término para ello. Dijo, manifestó y profetizó muchas cosas, en lo que consumió el tiempo, y ya no le dejaron hablar mas, sino que como se detuviese en la tribuna, fue alla un ministro y le sacó de ella. Paróse abajo, y continuó gritando ante muchos que le escuchaban, y se mostraban indignados; y otra vez el

ministro le echó mano, y lo puso fuera de la plaza; mas no bien lo hubo dejado, cuando regresó otra vez para subir á la tribuna, clamando é implorando el auxilio de los ciudadanos. Repitióse esto muchas veces, é incomodado Trebonio mandó que le condujeran á la cárcel; pero era mucha la gente que llevaba tras sí, y á la que dirigia la palabra andando como iba; de manera que Trebonio temió, y lo dejó ir libre; y de este modo consumió Caton aquel dia. En el siguiente intimidando á unos ciudadanos, ganando á otros con gracias y dádivas, conteniendo con las armas al tribuno Aquilio para que no saliera de la curia, echando fuera de la plaza á Caton que gritaba haberse oido truenos, é hiriendo á no pocos de los que algunos murieron, así fue como á fuerza sancionaron la ley; tanto que muchos, retirándose de allí llenos de ira, empezaron á derribar al suelo las estatuas de Pompeyo; pero pasando alla Caton, los contuvo. Cuando despues en favor de César se propuso otra ley sobre sus provincias y sus ejércitos, ya no se dirigió Caton al pueblo, sino al mismo Pompeyo, á quien, poniendo por testigo á los dioses, dijo: Que habiendo tomado sobre sus hombros á César, por lo pronto no lo sentia; pero cuando empezara á pesarle y á sucumbir bajo la carga, no siéndole ya posible ni echarle en el suelo, ni llevarlo, se dejaria caer con él sobre la república, y entonces se acordaria de las exhortaciones de Caton, reconociendo que no tenían menos de provechosas para el mismo Pompeyo, que de honestas y justas. Muchas veces oyó Pompeyo estas reconvenções; pero no hizo caso de ellas, porque su felicidad y su poder le hacian creer que César no podria hacer mudanza.

Nombrado pretor Caton para el año siguiente, no pareció haber añadido á esta magistratura, con desempeñarla bien, tanta magestad y grandeza como le rebajó, degradándola en cierta manera, con pre-

sentarse en el tribunal muchas veces descalzo, y sin ropilla, y juzgar de esta manera las causas capitales de varones esclarecidos; y aun algunos dicen que despues de la comida, y de haber bebido en ella, despachaba y daba audiencia; pero esto no es cierto. Corrompido el pueblo con los sobornos por aquellos que codiciaban las magistraturas, en términos que muchos miraban el recibir dádivas como un egercicio usual, quiso cortar esta enfermedad de la república, y para ello persuadió al Senado que se diera un decreto, en el que se previniese que los nombrados á las magistraturas, aunque nadie los acusase, ellos mismos se presentaran en el tribunal á responder bajo juramento de la pureza de su eleccion. Produjo este establecimiento gran desazon en los que pretendian las magistraturas, y mayor todavía en la multitud corrompida y comprada: asi luego que por la mañana se presentó Caton en el tribunal acudieron en gran número, y empezaron á gritar, á decirle improperios y á tirarle piedras, de manera que huyeron todos del tribunal, y él mismo, atropellado y arrastrado por la muchedumbre, con dificultad pudo ocupar la tribuna. Allí puesto en pie, con lo fiero y terrible de su aspecto, calmó inmediatamente el tumulto y apaciguó la gritería; y habiendo dicho lo que al caso cuadraba, se le oyó en silencio y del todo se desvaneció el alboroto. Como el Senado con este motivo le alabase; pues yo, respondió, no os alabo á vosotros, que estando en peligro el pretor lo habeis abandonado, y no lo habeis defendido. En esto la situacion de cada uno de los que pedian las magistraturas era sumamente perpleja y dudosa; temiendo sobornar y temiendo no fuera que por ejecutarlo los otros no saliera con su pretension. Juntáronse pues, y les pareció lo mejor que depositando cada uno ciento veinte y cinco mil dracmas pidieran todos la magistratura por los medios honestos y justos; y aquel que delinquiera, y usara

de soborno perdiera su dinero. Convenidos en esto nombran depositario, árbitro y testigo á Caton, y llevando el dinero se lo presentan; mas al fin otorgan una escritura á su favor, porque queria mas bien admitir fianzas que encargarse de aquellas sumas. Cuando vino el dia de la eleccion se puso Caton al lado del tribuno que la presidia; y atendiendo á la votacion, descubrió que uno de los del depósito se habia valido de malos medios, y mandó que su depósito se adjudicara á los otros; pero ellos, celebrando y admirando su rectitud, condonaron la multa; teniendo por bastante satisfaccion del agravio la que habian recibido. Mas Caton con esto mortificó á los demas ciudadanos principales, y se atrajo grande envidia, como que se abrogaba las facultades del Senado, del tribunal y de los magistrados; y es que la fama y opinion de justo expone mas á la envidia que la de ninguna otra virtud, á causa de que da poder y confianza para con la muchedumbre; pues no solo le honran como á los esforzados, y le admiran como á los prudentes, sino que á los justos los aman, á ellos se entregan, y en ellos confían: y de aquellos á los unos les temen y de los otros se recelan. Fuera de esto el mérito de aquellos creen que es mas de constitucion física que de la voluntad, graduando la prudencia de prontitud de ingenio, y la fortaleza de robustez del ánimo; y no necesitándose mas para ser justo que querer serlo, se avergüenzan los hombres de la injusticia, como de un vicio que no admite disculpa.

Hacian por tanto la guerra á Caton todos los próceres como reprendidos por su conducta; y Pompeyo, que en la gloria de aquel creia ver la ruina de su poder, andaba siempre buscando personas que le desacreditasen; de los cuales era uno Clodio, el Demagogo, que unido otra vez con Pompeyo, levantaba el grito contra Caton, diciendo que en Chipre ha-

bia ocultado grandes cantidades, y que tenia guerra declarada á Pompeyo, porque habia tenido á menos casarse con su hija. Mas Caton contestaba que habia recogido en Chipre para la república, sin que se le hubiese dado ni un caballo, ni un soldado, tanto caudal, quanto no habia traído nunca Pompeyo de tantas guerras y triunfos, habiendo revuelto el mundo. Y que nunca habia pensado contraer afinidad con este, no porque no le creyese muy digno, sino por ser de distinta opinion y conducta en la administracion de los negocios públicos. «Porque yo, dijo, «habiéndome dado el mando de una provincia pa-
 «ra despues de la pretura, la he renunciado; pero
 «aquel toma y retiene para sí unas, y otras las da á
 «los de su partido; y ahora ha prestado una fuerça
 «de seis mil legionarios á César para la guerra de
 «la Galia. Y estas tropas ni os las pidió á vosotros,
 «ni ahora las ha enviado con vuestro consentimiento;
 «sino que fuerças tan considerables, las armas y
 «los caballos son obsequios y retribuciones de unos
 «particulares. Tiene los títulos de Empetador y
 «General; pero los ejércitos y las provincias las da
 «á otros, y él se está de asiento en la ciudad, pre-
 «parando tumultos para los Comicios de elecciones y
 «continuos alborotos, con los que no se nos oculta
 «que quiere abrirse camino á la dominacion por me-
 «dio de la anarquía.»

Así se defendió Caton de las acriminaciones de Pompeyo. Habia un Marco Favonio, amigo y apasionado suyo, por el modo con que se refiere haberlo sido Apolodoro Falareo del antiguo Sócrates; y le inflamó y conmovió este discurso, no ligera y blandamente, sino en términos de hacerle salir fuera de sí como un embriagado ó un loco. Este pues pedia en una ocasion el cargo de edil, é iba de vencida; pero hallándose presente Caton observó que todas las tablillas de los votos estaban escritas de una misma

mano; y descubriendo aquel mal manejo, hizo anular la eleccion por medio de los tribunos de la plebe. Nombrado despues edil, Caton fue quien atendió á todo lo que era del cargo de esta magistratura, y quien ordenó los espectáculos en el teatro, dando á los de la escena coronas no de oro, sino de acebuche, como en Olimpia; y los presentes no fueron costosos, sino que á los Griegos les dió zanahorias, lechugas y rábanos, y peras; y á los Romanos jarros de vino, tocino, higos, cohombros y haces de leña. Lo extraño y barato de estos presentes para unos fue motivo de risa, y para otros de placer, viendo que la austeridad y rigor de Caton recibia ya alguna mudanza hacia la blandura y festividad. Por fin mezclándose Favonio entre la muchedumbre, y sentado entre los demas concurrentes, aplaudia á Caton, y gritaba que recompensara y honrara á los que se distinguian: así uniéndose con los espectadores en estas demostraciones daba bien á entender que habia cedido á aquel todas sus facultades. En el otro teatro el colega de Favonio Curion daba sus juegos con gran lujo; pero los espectadores lo abandonaban y se pasaban allá, para celebrar á Favonio, que hacia el papel de particular; y á Caton, que representaba el de presidente del espectáculo. Condújose de esta manera para quitar importancia á estos cuidados, y manifestar que las cosas de juego se han de tomar por lo que son, y se han de desempeñar con cierta gracia y naturalidad, mas bien que con suntuosos gastos y aparatos, poniendo gran diligencia y esmero en cosas que no lo merecen.

Presentáronse de allí á poco á pedir el consulado Escipion, Hipseo y Milon; y como empleasen no solo las injusticias conocidas ya, y puede decirse ingénitas, á saber, la corrupcion y los sobornos; sino las armas, las muertes y todo género de violencia, precipitando la república temeraria y osada-